

A través del espejo

El discreto paisaje

Hugo Hiriart



"Oír el estridular de grillos y cigarras"

Y vaya si el arte de Salvador Flores Soto es discreto, discretísimo, en la doble acepción de este vocablo: la antigua, en que discreto vale por inteligente, de ingenio vivo y buen discernimiento, agudo, y la más reciente de la misma voz, en la que significa, con tacto y reserva, recogido y a media luz, en suma lo contrario de farolón, estridente, exhibicionista.

La pintura de Chava (así le decimos sus amigos y sería extraño llamar a un hombre tan sencillo y cordial como él engolando sus dos apellidos) ostenta ambas cualidades: Primero estética controlada, medida, pesada en balanza de precisión, como las que usan los químicos en sus compuestos, pero visual, que discierne el peso visual de tonos,

colores y texturas, si se puede hablar así. O si se admite otra metáfora sinérgica: Pintura orquestada con primor que busca combinar los más delicados timbres de las cuerdas, los alientos y las percusiones que las personas sensibles alcanzan a distinguir con la mirada en las airosas y mansas hierbas.

Delicado, he dicho, y esta palabra, en lo que tiene de opuesto a grueso y brutal, no en lo que tiene de descriptivo, de débil, inestable o enfermizo, es una de las que caracterizan la pincelada de nuestro artista. Es delicada, pero estable, es decir, bien fuerte y bien compuesta. El arte de Salvador es civilizado, alusivo y no directo, al modo de la poesía simbolista o la música del maestro Claude Debussy.

Botánica donde el matiz es todo. No el rojo elemental, sino los tonos mil veces destilados. O esa especie de perspectiva aérea un tanto cerrada, apenas abierta al paisaje, que establece las distancias a través de lo enérgico, resaltado y oscuro de lo próximo en contraste con lo pálido y recatado de lo distante.

Y a propósito, es hora ya de decir que en Chava, como en todos los maestros del paisaje, el verdadero protagonista del cuadro no son las hierbas, frondas o montañas, sino es siempre la luz, la luz que se revuelca en las cosas, la luz que dora, la que oculta o re vela, la luz que matiza.

Tiene Chava apenas treinta y tres años, pocos para tan consumado dominio del arte, pocos para la certidumbre de su trazo, pocos para haber comprendido ya que, como observó Bernard Shaw, sólo la restricción hace al artista: reducirnos a cierto tamaño, y no otro, a ciertos temas, y no otros, a cierto modo, esto es, a cierto estilo que nos es adecuado y propio. Y no apartarse de ahí, sino cavar: la aventura del artista no es hacia afuera, sino hacia adentro, hacia las profundidades de sí mismo.

El arte de Salvador es lo opuesto diametral al ahí se va, irresponsable, y tan mexicano. Es densa, deliberada, meditada, aunque no por eso grave o pesada, al contrario, mira los cuadros, es ligera y sonriente.

Una última cosa, si prestas atención a uno de los cuadros de mi amigo Salvador, y te acercas, vas a oír ahí el estridular de grillos y cigarras. ■

Botánica donde el matiz es todo. No el rojo elemental, sino los tonos mil veces destilados.